

San Javier y un concierto de indios mocobíes en San Ignacio a través de las crónicas de un misionero germano en el siglo XVIII

Virginia Carreño¹

A partir del arribo de una caravana de carretas que venía de Santa Fe, comenzó a correrse la voz de que estaba por venir de allá un coro de mocobíes, totalmente salvajes que, sin embargo, cantaban como ángeles, amaestrados por un padre alemán. Ya se les había escuchado allá en la Inmaculada. Aquí, por supuesto, cantarían en San Ignacio, orgullo de los jesuitas, templo que era parte de su gran Collegium de Buenos Aires.

Casi no se podía creer la noticia puesto que la ferocidad de esos indios, que merodeaban al norte de la ciudad de Santa Fe, amenazaba la vida de todos los españoles afincados allí, desde que Garay hizo la fundación en 1573. Año tras año las fértiles tierras a lo largo del Paraná se despoblaban, en lugar de enriquecerse con ganados y sembrados, a causa de sus horribles ataques. Se sabía que ya estaba escaseando el alimento en la propia ciudad, por culpa de la continua devastación.

Esos indios, bajados del Chaco paraguayo, no se conformaban con robar ganado sino que llevaban su ferocidad a incendiar las malezas en torno a las casas aisladas, achicharrando a sus pobladores. Ya no había estancieros que quisieran permanecer en las cercanías de la ciudad de Santa Fe, pese al alto precio que obtenían por sus bueyes y al esplendor de las iglesias y los colegios que las órdenes religiosas habían logrado construir.

¿Cómo era, pues, posible que esos mismos indios se presentaran en Buenos Aires, nada menos que para hacer música, y cómo era que no mataran por el camino a los indefensos en la inmensidad de esos desiertos? Se murmuraba, estremecidamente, que, aunque los jesuitas no querían que se difundiese, esos indios seguían siendo caníbales.

1 Directora de la Cátedra Extracurricular "Mobiliario y costumbres dentro de la circunstancia americana" de la Universidad del Salvador

Hacia unos años, en 1749, cuando la llegada del contingente reunido por el Procurador Ladislao Orosz (que no era español sino húngaro y por casualidad había llegado al cargo), los porteños se asombraron de que hubiese tantos extranjeros dispuestos a alcanzar las palmas del martirio para evangelizar unos salvajes en reinos de España. La mayor parte tenía nombres impronunciables y hablaba español cómicamente y con mucha dificultad. "Dobrizhoffer", "Nussdorfer" ¿quién podía retener semejantes apellidos ni recordar el nombre de los reinos de que decían provenir, de la más remota Europa?

El más simpático había sido un misionero rubio que desde el primer momento en Buenos Aires quiso conocer todo y dibujar todo, como mejor le saliera. Metido en el río hasta la cintura, se divertía ese alegre alemán, dibujando el descenso de los pasajeros en botes y carretas, maravillándose al ver cómo los conductores de los carros azuzaban a los bueyes mediante un largo palo, cosa tan común que a él, sin embargo, debía parecerle asombrosa. Había traído colores para pintar y todos, cuando salió del agua con el hábito hecho una calamidad, corrieron a ver el cuadrito.

Al llegar aquel numeroso contingente del Padre Orosz, que había tardado años en reunirse y desembarcar, tras azarosos viajes por tierra y por mar, sorteando tempestades, piratas y protestantes, los Padres del Colegio les habían preparado un recibimiento fastuoso, como sólo ellos sabían hacerlo, cubriendo las calles de su arribo con hinojo y laurel que limpiaban el aire de sus miasmas, y ofreciéndoles, en el Colegio mismo, banquetes y saraos con música y danzas de indios y de negros que acompañaban exquisitos platos de lechones, aves y frutas que sólo ellos lograban, gracias a su huerta del Colegio y a su chacrita en las afueras, célebre por la variedad de sus plantas. Más de un vecino sospechó entonces que esos festejos eran como cebar al pavo antes de sacrificarlo, puesto que los nuevos misioneros marchaban alegremente a unos destinos terribles entre moxos, chiquitanos y mocobíes en regiones infernales a mil leguas de todo, muy diferentes por cierto de las espléndidas reducciones entre los guaraníes, a lo largo del Paraná, cuyas iglesias eran ya envidiables palacios.

Pero los jóvenes misioneros habían embarcado animosamente en las carretas que los llevarían a Córdoba del Tucumán, Santa Fe o Santa Cruz de la Sierra, hablando un español que no se entendía y muy contentos con los regalos que les habían hecho para el viaje del cual, se pensaba, pocos volverían.

Y hete aquí que tras unos pocos años, se anunciaba la visita de aquel simpático dibujante de carretas que volvía como músico de la misión de San Javier, arreando tranquilamente un coro de indios.

¿Qué milagro se había producido en esa reducción que varias veces ya había sido dada por perdida?

El prodigio de San Javier

Ese pueblo surgido por inspiración del rector del Collegium de Santa Fe, institución prestigiosa desde los primeros tiempos españoles, era el núcleo de la gran obra misional sobre una tierra que se contaba entre las más fértiles del mundo, según lo comprobara Sebastián Gaboto, quien iniciara allí las siembras. Sin embargo, debido al progresivo éxodo de los estancieros, tenían hasta un problema de subsistencia.

Es que desde hacía dos siglos, las feroces tribus chaqueñas descendían hacia los ganados europeos, en lugar de cazar y pescar salvajina como había sido su costumbre y ya únicamente los jesuitas arriesgaban periódicas salidas para el abastecimiento del vecindario.

Esa operación de traer ganado de la estancia era tan peligrosa que el mismo Procurador acompañaba a los cincuenta jinetes para compartir el riesgo, pues lo sabía grande y era hombre de conciencia. Fue el Rector quien propuso a don Javier Echagüe, comandante entonces de la plaza, la fundación de un pueblo de indios, con dos o tres misioneros de Loyola para que pacificaran a las tribus depredadoras, como habían logrado hacerlo en el Paraguay y asimismo en el reino de Portugal en Brasil. El comandante debía simplemente comprometerse a colaborar con soldados en la construcción de la iglesia y del caserío y a su sostenimiento con fondos de la Corona durante unos años. El Rector, por su parte, prometía encontrar los misioneros que emprendieran esa conquista.

Aceptó Echagüe y cumplió: quizá por eso el pueblo lleve su nombre, dado ante los altares en honor al apóstol del Asia: Francisco del Castillo de Javier, compañero inicial de Ignacio de Loyola.

No fueron fáciles sus principios. Levantado el caserío en el lugar de la primitiva Santa Fe, las inundaciones lo arrasaron y hubieron de mudarlo dos veces más con la consiguiente pérdida de esfuerzo, ganado y dinero. En cierto momento hubo 200 soldados trabajando en la construcción. Cuando, por fin, ya muerto don Javier Echagüe, había llegado a la misión el padrecito rubio con sus cajas de colores, sus instrumentos y sus herramientas, el pueblo había quedado reducido a una toldería de cueros malolientes, reino de perros, pulgas, gallinas y moscas cuya permanente agresión hubiese puesto a prueba la paciencia de Job.

Para mayor desgracia, se había comprobado que los indios reunidos bajo la dirección de sus caciques, quienes graciosamente se sometían al Evangelio, eran de una pereza y una glotonería tales que peligraba de

un día a otro la subsistencia del pueblo, el que dependía de las reses enviadas desde la comandancia o el Collegium de Santa Fe.

Sin embargo, lo que más atormentaba al Pater Florian no eran esos flagelos sino la incapacidad para comunicarse, pues el idioma de sus neófitos era el mocobí, tan difícil que, por contraste, hasta el guaraní resultaba transparente.

Sentado bajo un árbol, había llorado ante la dureza de su entendimiento que le impedía descifrar y menos aún reproducir aquellos bárbaros sonidos a través de los cuales debía hacer llegar los mensajes del Señor, único objeto de su presencia en América.

No le había quedado otro remedio, pues, que laborar dando el ejemplo: cortando troncos, levantando muros de barro, raspando cueros, cuidando y tusando ovejas, sembrando y ordenando por todas partes.

Por fin, los indios que le habían mirado burlándose de él, quisieron demostrar que lo podían hacer mejor y un buen día, por la gracia de Dios, no sólo había logrado Florian Paucke una linda iglesia con un reluciente altar forrado de cuero frotado con mica, sino que entendía el idioma y habiendo descubierto que la música era lo que más atraía a sus discípulos, les había enseñado a cantar. En cuatro años logró un coro de niños que resultó suficientemente afinado para que se le invitara a Santa Fe.

Era un gran honor y un triunfo para la misión, pero no fue aceptado tan fácilmente por los progenitores de los niños elegidos pues tenían una desconfianza raigal hacia los españoles. Según ellos, siempre les habían traicionado y no querían exponer a sus hijos, particularmente aquellos que se habían distinguido en el canto, adquiriendo así notoriedad dentro de la tribu.

Hubo grandes parlamentos, y convencidos por último de que sería sumamente provechoso actuar ante los poderosos del reino, habían dado su consentimiento a condición de que estuvieran bajo la exclusiva y directa responsabilidad del Pater Florian.

Así lo narra Paucke: "Al cuarto año, yo ya fui llamado con mis veinte muchachos a la ciudad de Santa Fe al Colegio donde tuve que cantar con mis indios las primeras vísperas y al otro día también la misa en la fiesta de San Ignacio. La concurrencia ocurrió de parte de toda la ciudad y para que ella pudiera ver mejor mis músicos indios, la ciudad pidió que no se colocaran estos músicos en el coro de la iglesia sino abajo en medio de la iglesia, no lejos del altar mayor a ojos de todos. Esto ocurrió también y la misa cantada se ejecutó con dos violines, dos arpas, ocho violines, un violoncelo, una trompa marina y los demás cantores. Eran en todo veinte muchachos indios, los mayores de dieciséis años. Muchos nobles no pudieron contener las lágrimas durante esta

ejecución considerando que ellos veían ahora estos indios (que pocos años antes habían inundado con sangre de cristianos toda la campaña y el país y servido nada más que al diablo) alabar al verdadero Dios en las iglesias.

"Al año siguiente recibí una carta de mi Provincial por la cual él llamaba a mí con mis músicos a la ciudad de Buenos Aires, pero que yo apareciera allí por lo menos tres meses antes de la fiesta de S. Ignacio. Yo extrañé esta carta en modo de no saber qué debía pensar. El camino desde mi pueblo hasta esa ciudad era de más de cien leguas, había duda que los padres de estos músicos permitirían que sus hijos se trasladaran por un camino tan largo y a esa ciudad forastera porque ellos podían creer que se quería raptarles sus hijos y entregarlos a los Españoles. Especialmente encontré dificultad con los hijos de Cithaalin de los cuales tres debían viajar conmigo: Sebastián, Vicente y Antonio, el más joven de entre ellos: todos los demás músicos eran hijos de los indios más principales. Pero los padres tenían en mí una confianza mayor de la que yo imaginé y permitieron muy alegres que sus hijos se pusieran conmigo en camino. Mi partida fue en los últimos días del mes de abril y al décimo tercer día de mi viaje llegué a la ciudad de Buenos Aires. Como nosotros tomamos nuestro alojamiento in Collegio, fue destinado un cuarto amplio y grande para mis muchachos, pero yo debía habitar mi quartier (alojamiento) especial. Esto no fue nada agradable a mis muchachos pues no querían habitar sin mí, todos vinieron a mí y no se dejaron alejar de mi cuarto. ¿Qué iba a hacer yo? pues la mitad de ellos no tenía cabida alguna a mi lado. Por esto yo debí desocupar mi cuarto y pasarme con ellos a la sala grande donde quedamos todos reunidos día y noche. (Mi cuarto) semejaba pronto a un cuarto de guardia, lleno de hedor y suciedad, todos se admiraron que yo podía permanecer así entre ellos. Si acaso yo iba del Colegio a la ciudad, todos mis músicos estaban en zaga mía y me seguían por las calles. A los habitantes les era una cosa extraña de ver en sus calles los veinte muchachos indios que cubiertos sólo con una manta única iban completamente desnudos en lo demás. Si yo entraba en una casa, ellos quedaban parados en la puerta de calle hasta que yo volvía a salir y así me acompañaban otra vez al Colegio. Yo les di permiso que pasearan sin mí por la ciudad y contemplaran bien todo pero ellos se negaron y dijeron: "Nosotros no debemos partir de tu lado pues esto nos han ordenado nuestros padres porque ellos temen que tú quedarás con los Españoles y nos abandonarás". Yo comencé a repasar con mis músicos en parte en el coro, en parte en mi cuarto las primeras vísperas y misa cantada. Después que fue conocido en la ciudad que los indios recién venidos eran todos músicos y hacían en la iglesia su ensayo, tuvimos pronto huéspedes de la más principal nobleza de la ciudad que

con admiración escuchaban esta música india. Se reunían hasta treinta a cuarenta de ellos, demostraban gran amabilidad a mis niños y les regalaban dinero.

"Finalmente a la víspera del santo padre Ignacio, el pueblo se reunió en tanta cantidad para la víspera que nosotros no sólo tuvimos que cerrar el coro sino que dos granaderos armados debían estar al lado de la puerta para que no entrara el pueblo. Los coros laterales que alcanzaban por toda la iglesia estaban repletos por ambos lados con nobles y villanos abajo en la iglesia en gran apretujamiento lo que ocurrió más por el motivo de ver la música nueva y los músicos que atender su devoción, pues aunque en las iglesias de Las Indias se hace música no se halla dotada tan perfectamente con instrumentos sino sólo por el órgano y los cantores. Cuando hay una música con instrumentos, tienen ellos acaso un arpa y algunos violines, tocan minuets, marchas y piecitas semejantes entre una misa chica por lo cual les ha parecido muy extraño pero les ha gustado muchísimo que vísperas y misa fueran cantadas conforme al orden y esto por indios que pocos años antes eran aún paganos y no habían oído música en toda su vida. El obispo de Buenos Aires celebró el mismo las vísperas y al día siguiente la misa cantada por las cuales mis indios recibieron una buena cantidad de dinero.

"Transcurridos algunos días el obispo envió al Colegio y me hizo pedir de permitir a mis indios hacer música durante su mesa. Yo los envié con sus instrumentos y sus musicales (libros de notas) de las que yo tenía en existencia una buena cantidad y que mis músicos podían tocar muy hábil y graciosamente. El obispo envió su carruaje y me hizo invitar también a su mesa. Si bien al principio mis muchachos se negaron a ir sin mí, se alegraron mucho después de que yo también estaría presente. La música de mis muchachos fue para la admiración y diversión de todos los huéspedes y (éstos) hubieran creído jamás que entre semejantes bárbaros se encontraría tal habilidad para un arte armonioso, tan difícil si ojos y oído no los hubieran convencido. Ellos los trataron tan afable y graciosamente como si provinieran de los padres más distinguidos. Yo noté que los sirvientes de mesa les llevaban mucha comida y con ella también vino: ellos notaban bien que yo tenía mis ojos dirigidos de continuo sobre ellos; ellos comían bien, pero se negaban a tomar vino, pero los sirvientes estaban empeñados en hacerles llegar vino. Yo quise salvar mis músicos del peligro y pedí al obispo de no hacerles dar vino porque ellos estaban acostumbrados al agua."

El retorno del ya entonces famoso misionero a Buenos Aires en 1767 tendría un carácter bien diferente e inesperadamente trágico. Pero detengámonos un poco más en los días felices de San Javier.

Solemnidad en la Fiesta de San Javier

Así como todos los pueblos españoles celebraban especialmente el cumpleaños del rey, así en los pueblos jesuíticos se festejaba anualmente con gran pompa el día del santo patrono de esa misión.

Los preparativos podían insumir meses y empeñar todos los recursos de la misión. Desde que el Padre Nóbrega en el Brasil había iniciado las presentaciones teatrales de historias sacras como la de San Lorenzo, esos espectáculos se habían ido agrandando, embelleciendo y variando según el estilo de cada pueblo. En algunos de ellos predominaba la música, en otros las demostraciones de jinetería o el discurso dramático. Todo el mundo, desde las ciudades y los caseríos vecinos procuraba asistir a estos despliegues, incluyendo los comandantes militares y civiles que eran recibidos en asombroso orden y esplendor.

A nadie extrañaba ya que las reducciones del Alto Paraná, iniciadas siglos antes y sostenidas con estancias, vaquerías, plantaciones, atendidas por miles de indios, alcanzaran niveles palaciegos; pero que esto se diera entre aborígenes hasta entonces totalmente salvajes parecía imposible. El despliegue en San Javier era tal que se le comparaba con el de las mejores fiestas reales en España.

El Pater Florian había combinado teatro procesional, simulacro de combate (a la manera del juego de cañas), música, danza, jinetería y oración. Aunque la parte principal la hicieran los hombres, las mujeres y los niños actuaban también, cantando en coro los chiquitos, haciendo sonar instrumentos de percusión las mujeres, danzando algunas niñas con pájaros amaestrados y, por supuesto, participando de la gran función de iglesia todos (como asimismo de los banquetes).

Cada cuerpo tribal de caballería tenía su jefe, el propio cacique. Se le distinguía fácilmente pues cada cuerpo tenía su pelaje, su estandarte y sus colores. Estos lucían particularmente en los gorros, inventados por el Padre Paucke, imitando los muy espléndidos de los uniformes austro-húngaros.

Florian Paucke había nacido en Silesia, parte entonces de un vasto imperio germánico-eslavo regido desde Viena, y se había formado en Bohemia (hoy parte de Checoslovaquia). Su humor alegre y campechano se manifestaba en una forma muy jocosa de hablar, aunque era un teólogo profundo. No era un jesuita dado a las teorías ni a las especulaciones filosóficas, en cambio era hábil en todos los oficios y un inspirado artista. Tenía, sobre todo, un enorme poder de comunicación que le hacía entenderse con gentes de cualquier rango o raza. Resultaba, por lo tanto, tan querido por los reyes como por los indígenas que debían percibir en él una emanación de su luminosa creatividad. Pero hasta hoy es un mis-

terio la aparición de esas grandes obras de arte usadas por él en ese pueblito santafecino alejado de todos los centros artísticos.

La Academia Nacional de Bellas Artes ha registrado entre las tallas jesuíticas provenientes de San Javier, un Cristo esculpido en bajorrelieve sobre los propios brazos de la cruz que es un prodigio de síntesis y grandes tallas de bulto de sólida madera policromada que asombran por la claridad de la intención. Un artista de mano firme debió tallarlas sin vacilaciones, retoques ni remiendos. Esas fuertes piezas pueden admirarse en el museo jesuítico de Jesús María en Córdoba y en el Museo Histórico de Santa Fe, adonde han ido a parar también grandes fragmentos de un nobilísimo altar que estuvo en San Javier, pero no sabemos si tallado y dorado allí o trasladado de otra iglesia.

Señalaba el Padre Furlong además, que había también manteles de altar tan preciosos como los de Flandes, que las indias habían sabido copiar exactamente con toda facilidad.

Sin embargo hay poca referencia a esas obras de arte sagrado en las memorias del Padre Florian, quien prefirió detenerse en las originales costumbres de sus catecúmenos, puesto que el proyecto editorial que le movió a reunir sus memorias estaba dirigido al público europeo, presuntamente ávido de exotismos. Quizá por eso no comentó la ornamentación de San Javier en su último esplendor, antes del éxodo. Pero indudablemente, fueran o no las piezas hechas allí, se produjo un milagro en este paraje del Chaco santafecino que pasó, bajo la inspiración de un misionero germano, de la más destructiva ferocidad a la apreciación de las más altas producciones del arte, en música ciertamente, demostrando así que el hombre más tosco es capaz de maravillas cuando el soplo divino le anima.

San Pedro

La misión de San Javier, con su estancia de sustentación, su variada y florida huerta, sus frutas exquisitamente conservadas por Paucke en grandes barricas con aserrín y aceite, el esplendor de sus trajes de fiesta, hilados, teñidos y armados en la misión, atrajo a tantos nuevos grupos de diferentes indios que fue necesaria la instalación de un nuevo pueblo más al Norte, al que, una vez elegido el bellissimo lugar con los necesarios árboles y las indispensables aguadas, se le puso San Pedro.

Esa fundación fue el último de los grandes trabajos en Indias del Pater Florian pues, como se sabe, en 1767 todos los jesuitas fueron expulsados de los reinos de España en ultramar. Se les apresó sin miramientos, arrancándolos de sus obras, se les recluyó, se les trasladó y maltrató cual si hubiesen sido peligrosos malhechores hasta su embarque

a Europa en naves que habrían de cruzar el Océano sobrecargadas, muriendo en el largo e interminable viaje más de cincuenta misioneros de las diversas regiones rioplatenses.

En sus memorias Florian Paucke narra de qué manera volvió al Buenos Aires de sus pasadas glórias, y fue inmediatamente encerrado en la que hasta hacía poco había sido la admirada Residencia y Capilla de Ejercicios de su Compañía, en el rescatado paraje de Los Altos de San Pedro.

Allí no se permitía a los expulsos salir de las celdas, ni siquiera para tomar un poco de sol en el patio claustral, y si alguno de ellos enfermaba y moría, era enterrado de noche, sin ritos, en el propio patio. Inútil agregar que fueron despojados de todas sus pertenencias personales.

El retorno de Paucke

Durante el largo periplo, Paucke estuvo preso en Portugal y en España hasta que, por fin, pudo volver a sus antiguos pagos de Bohemia y, en 1774, desprendido de su amada Compañía, obtuvo un cargo, relacionado con la Iglesia, que le permitió sobrevivir y continuar con su misión religiosa.

Pero sus aventuras indianas debieron resultar tan asombrosas para el vecindario que en poco tiempo se hizo nuevamente famoso. Entre sus conocidos surgió entonces uno con experiencia en materia de publicaciones que le propuso escribir sus memorias con el fin de hacerlas editar, con lo cual no sólo podría obtener una indispensable ganancia sino defender la imagen de la Compañía que perseguida y vilipendiada estaba a punto de ser suprimida.

Es en este momento cuando se produce el más portentoso milagro en la portentosa vida de Florian Paucke. No había logrado conservar una sola nota de lo mucho que había visto y vivido en el Nuevo Mundo. Su baúl con las pocas pertenencias personales que los soldados le habían permitido sacar de la misión había sido repetidamente abierto y requisado. No le habían dejado ni un papel.

Sin embargo, en un proceso de exploración dentro de la propia mente, Paucke fue logrando recordar, dibujar y colorear absolutamente todo lo que había vivido. Con trazos ingenuos y perspectivas simplificadas se las compuso (como lo haría la Abuela Moses un par de siglos después) para captar el universo y plasmarlo vivo y sonriente sobre el papel. Centenares de dibujos de gentes, animales, paisajes, descriptos en detalle al pie, cubren páginas y páginas como ilustraciones de un libro reunidas con los textos que dictó al calígrafo amigo, además de varios rollos pa-

norámicos que muestran, por ejemplo, el conjunto de la Reducción de San Javier o el paso de los grandes ríos mesopotámicos, arreando vacunos. Documentos fundamentales para la historia rioplatense y obras de arte primigenias de nuestra iconografía.

No sabemos aún si Paucke residió algún tiempo dentro del monasterio cisterciense de Zwettl o si solamente trabajó allí en sus memorias viajando desde el cercano pueblo de Neuhaus. Fueron dos años de ímproba más esperanzada labor.

Por una de esas terribles ironías que abundan en la historia, no encontraron editor. La obra maestra del misionero germano quedó archivada y la sociedad secular que tanto la hubiese necesitado para recuperar algunos secretos del único reino de Dios que hubo sobre la tierra, la ignoró y continuó ignorándola hasta 1829, cuando comenzaron a aparecer tímidamente extractos del gran testamento de Paucke: "*Hacia Allá y para Acá, una Estada entre los Indios Mocobíes 1749-1767*", fragmentos del gigantesco Codex 420 que dormían en la infinita biblioteca de los monjes cistercienses. Dos tomos ilustrados de 461 y 683 páginas respectivamente en folio menor, escritos al dictado, presumiblemente en la villa de Neuhaus en la Baja Austria. El primero tiene 13 ilustraciones y el segundo 92. Además ocho cuadros panorámicos de 46 x 36 centímetros de los cuales siete sobre cartulina (los otros han sido entelados y se conservan perfectamente) más veinte cuadritos de pájaros pintados sobre el dorso de un juego de naipes (9 x 6 cm).

Florian Paucke había muerto en 1780, seguramente muy decepcionado por el fracaso de su proyecto editorial y afligido por la supresión de su amada Compañía, pero feliz, a pesar de todo, pues tal era su naturaleza y siempre encontró entretenimiento en sus trabajos de los que nunca se apartó, ni siquiera en los últimos días de su vida. Murió en 1780 tan pobre que entre sus cosas no se encontró dinero suficiente para el más modesto de los entierros y tuvo que hacerse cargo del gasto el municipio.

El olvido continuó con vagas iluminaciones pasajeras, hasta que el Padre Guillermo Furlong, esa antorcha de la historia americana, asumió la misión de revalidar la memoria de Paucke dando a conocer algunas de sus imágenes y de sus escritos en un libro en castellano compuesto por diversas crónicas combinadas, "*Entre los Mocobíes de Santa Fe*", publicado en 1938 e ilustrado con la primera imagen de una carreta criolla. Pero ya poco antes, en 1936, gracias a Domingo Viau, pudo publicar "*Iconografía colonial rioplatense, costumbres de españoles e indios*" (con una introducción del Padre Guillermo Furlong S.J.).

Por fin en la década del 40, en plena guerra mundial, la Universidad Nacional de Tucumán en colaboración con el Instituto Cultural Argen-

tino-Germano llevó a cabo la traducción integral al castellano de esa escritura arcaica, salpicada de modismos campesinos a los que el Pater Florian debió ser muy adicto, pese a sus altos estudios hechos en Bohemia y en el Collegium de Córdoba. La traducción -obra de gigantes- fue realizada por Edmundo Wernicke y los editores lograron reproducir a todo color la mayor parte de las acuarelas de Paucke, pese al bloqueo de guerra que tanto los alejaba de Austria, ocupada en esos años terribles. Un milagro más.

Furlong y Paucke

Enamorada de Paucke desde las primeras acuarelas reproducidas en la "*Monumente Iconographica*" de Bonifacio del Carril y en el libro del Padre Furlong sobre los mocobíes, busqué la edición tucumana y tuve la buena fortuna de conseguir hace más de veinte años todos los tomos, con lo cual el mundo de Florian se nos hizo tan familiar que logré convencer a mi madre (quien creaba tapices bordados) que acometiera uno de grandes dimensiones, trabajado a la manera del tapiz de Bayeux, reproduciendo la acuarela panorámica de la fiesta de San Javier.

Esa gran labor fue realizada en sólo tres meses, casi los últimos de la vida de mi madre, quien desde su ventana en la esquina de Tucumán y Rodríguez Peña, en el primer piso de la casa (que es la sede actual de la Facultad de Historia y Letras), durante años había podido contemplar la cruz de hierro de la Iglesia del Salvador recortándose contra el cielo. Había sido su bendición matutina. Y junto a esa iglesia, desconocidamente entonces para nosotras, estaba el laberinto de aulas dentro del cual trabajaba el Padre Furlong en su futura obra: "*El Transplante Cultural y Social en América*".

Por fin, amigos, el tapiz le fue dedicado y se lo llevamos a su lugar de estudio. A los dos días llamó exultante y para hacernos una broma. Manifestó que existía un tapiz igualmente bordado que era superior a éste. Era de plumas trabajado por los incas. Pero aclaró que sólo perduraba en una antigua crónica de Buenos Aires de modo que el de mi madre, tan acertadamente dedicado a Paucke, resultaba único e insuperado.

Durante años seguí procurando datos sobre Paucke en Santa Fe, en Europa y hasta en los Estados Unidos, hasta que en 1989 resolví hacer un viaje a Viena para organizar desde allí, si fuera posible, una visita a los originales.

Gracias a la señora Erika Roberts, quien también se había interesado en ese misionero compatriota suyo a través de su descripción de la huerta santafecina (único relevamiento existente de un jardín del siglo

XVIII, con todas sus plantas y la distribución de éstas) pude saber con certeza que las memorias del Pater Florian seguían efectivamente en la Abadía de Zwettl, aunque se hubiese corrido la voz de que habían sido adquiridas por una universidad norteamericana.

Enterado de mi propósito, el entonces director del Museo Nacional de Bellas Artes, Daniel Martínez, me instó a que gestionáramos el préstamo de los originales para una exposición en su museo, puesto que Paucke era el precursor de la iconografía argentina.

Pensé entonces entrevistar previamente al encargado de negocios de Austria, Dr. Rudolf Lenck, para averiguar qué respaldo oficial tendría el proyecto y ese eficaz funcionario (quien estaba ya al tanto del interés argentino por obtener el préstamo de los originales) declaró que de acceder la Iglesia de la que dependía, podrían viajar acompañados por un curador y bajo bandera austríaca, lo que resolvería, en gran parte, el problema de las responsabilidades y de los seguros.

A nuestra llegada a Viena en septiembre de 1989, con dos señoras argentinas, Carmen Valdés y Maurina Lange, con las que habíamos asistido a un congreso internacional de museos en La Haya, logramos concretar a través de una delegada austríaca al Icom, Hedwig Kroetler, una fecha precisa para la visita al monasterio que resultó estar a sólo cien kilómetros de distancia.

El primer tramo del viaje hacia Zwettl se hace en tren, partiendo de una estación central virtualmente electrónica, hasta la ciudad de Krems, atravesando esos infinitos barrios suburbanos que hoy rodean a las grandes capitales; el segundo, en ómnibus por antiguos poblados de montaña, sobre caminos que serpentean enlazando pueblos restallantes de malvones y, alguna vez, por callejuelas tan angostas que apenas si pasa el vehículo, cruzando mágicos bosques, de esos que revelan súbitamente el brillo del agua fluyendo en las profundidades de un valle, o soleadas mesetas ordenadamente cultivadas.

Estábamos ya en tierras de la merced de Zwettl, cuyos monjes, como en el medioevo, son terratenientes, bodegueros, agricultores, fabricantes.

Era un día domingo y reinaba un ambiente festivo, aparecían mujeres vestidas con el dirddt, versión clásica del atuendo campesino, las hosterías estaban llenas de automóviles y las capillas rodeadas de fieles.

Mucha gente abordaba el ómnibus para ir hasta StistZwettl, el pueblo del monasterio que se ha ido formando y creciendo al borde de un lago desde la época medieval, con pabellones de diversos estilos, claustros que (como veríamos después) evolucionan desde el más austero románico, al gótico, al barroco, al rococó y por fin al neo-clásico en un sor-

prendente vasto hall de fiestas (como si los austeros benedictinos de San Bernardo de Clairvaux estuvieran preparados para ofrecer bailes).

Pensé que nuestro misionero jesuita debió haberse paseado por estos florecidos caminos, bajo el campanario coronado con un nido de cigüeña (como se sabe eso augura un buen año de cosechas) mientras reconstruía en su memoria las enormes experiencias vividas desde que el Procurador de la Provincia Paraquaria le había comprometido para hacer cosecha de almas en el Nuevo Mundo cuando él tenía 28 años.

La cita era para las dos de la tarde en la plazuela a la entrada del monasterio y, ya antes de la hora, nos esperaba sentado en un banco tomando sol un joven religioso de rostro moreno y con bigotes, con el hábito blanco y negro de los cistercienses, sonriente y comunicativo, que nos había identificado desde lejos.

Lamentablemente el Pater Giorg no hablaba inglés y Hedwig, que debía habernos acompañado, estaba con gripe; de modo que tuvimos que arreglarnos con mi escaso alemán, esperando otra mágica intervención desde el más allá para orientarnos.

Puesto que las memorias y las acuarelas se encuentran dentro de la biblioteca, en la Clausura, el Padre Giorg nos condujo a través de corredores y escalinatas de piedra hasta un locutorio en el primer piso que nos deslumbró desde que nos abrió la puerta, por su elegancia totalmente inesperada: muebles ornamentados con riquísimas incrustaciones de maderas preciosas, pisos relucientes y una amplitud palaciega.

Ya antes nos había mostrado, sin entusiasmo por la reciente restauración de los murales, la gran sala de fiestas neo-clásica que armonizaba perfectamente con el claro frente del pabellón dieciochesco, alegremente florecido de malvones (como toda Austria) por el que se accede al monasterio.

Cuando volvió a entrar el Padre Giorg con dos libros y una bolsa de plástico de la cual asomaban varios rollos, se multiplicaron las sorpresas. Los dos gruesos tomos encuadernados que nos colocó sobre una mesa, parecían nuevos y tanto las letras de su apretado texto -sin tachaduras- como las ilustraciones, estaban nítidas y frescas como si Paucke y su amigo calígrafo las hubieran terminado ese día. La fragilidad del papel y el desteñido de los colores, dos circunstancias que hubiesen hecho difícil un traslado, no se daban en la realidad. La inmortalidad del Pater Florian se manifestaba como él mismo lo había hecho en vida, con frescura y solidez (sentíamos que él estaba allí con nosotros, gozando del efecto que nos hacían sus invenciones).

De la bolsa salieron "sans façon" unos sólidos rollos, que una vez desplegados resultaron asombrosos de vitalidad. ¿Cómo habían podido conservarse así desde mediados del siglo XVIII? Tal vez esos ángeles

curiosamente aindiados que ornamentaban el frente sobre el patio de entrada habían tenido algo que ver...

El Pater Giorg demostró tener poca idea de la Compañía de Jesús en ese tan remoto país nuestro, y tuvimos el placer de informarle sobre la reciente canonización de San Roque González de Santa Cruz, misionero entre los indios, al igual que Paucke, y la extraordinaria devoción entre los sesenta seminaristas del Colegio Máximo de San Miguel. Además, mientras nos mostraba una a una las pinturas de aves sobre un juego de naipes, le fuimos explicando nuestra fervorosa admiración por ese religioso compatriota suyo que con su milagrosa memoria se había constituido en el precursor de la pintura rioplatense, cronista y comentarista fiel de un enorme capítulo americano que, sin él, hubiese quedado en las tinieblas, a la merced de cualquier infundio.

¿Quién sino Paucke se hubiese tomado el trabajo de registrar en detalle la estructura y el manejo de una carreta criolla para comunicárselos a Europa que, en ese momento sólo parecía conocer de la vida cristiana en Indias fantasías negativas?

Tras la emocionada contemplación de todos los originales (que según el Padre Giorg habían sido vueltos a fotografiar integralmente por el barón Kast, un caballero austríaco residente en Buenos Aires) fuimos llevadas a conocer los otros tesoros del monasterio, desde las pétreas penumbras del claustro medieval hasta la culminación barroco-rococó que es la iglesia: un canto a la vida, la belleza y la alegría a tal punto que hasta sus confesonarios parecen parte de una escenografía mozartiana.

Me resultó particularmente conmovedor mirar el inmenso órgano negro y oro construido por Egédacher en 1728, porque en él seguramente habría tocado Florian Paucke, excelente músico, como sabemos.

A nuestro retorno en Viena, dejé en la embajada una grabación del proyecto Exposición Paucke en Buenos Aires, rogando al embajador que mantuviera la relación con el Abad de Zwettl, gracias a quien habíamos podido tener en las manos los originales. En Buenos Aires informé detalladamente a las cancillerías de Argentina y de Austria. Por reciente carta del actual embajador en Viena, Dr. Jorge Taiana, sé que prosiguen las gestiones promovidas actualmente por el barón Kast. Por otra parte, celebrando el año ignaciano, presentaremos en el Museo Rosa Galisteo de Rodríguez, de la ciudad de Santa Fe, un audiovisual sobre Florian Paucke y la Abadía de Zwettl.

Entretanto recibí vía Cancillería, el catálogo de una exposición realizada en el castillo Raab-Thaya, "Indios y Jesuitas en Sudamérica" 1989, en el que las acuarelas panorámicas de Paucke, tomadas de la Fototeca

del Museo "Für Wölkerkunde" de Viena, figuran prominentemente. Es ya una celebridad en Europa.

Lo que puede haber quedado en Santa Fe de la misión de San Javier está sepultado por la población actual, desarrollada sobre el mismo lugar, pero el Museo Etnográfico e Histórico de esa provincia, al que don Agustín Zapata Gollán enriqueció tan extraordinariamente con sus investigaciones y sus excavaciones, reúne los datos geográficos e históricos del mundo mocobí al que el padrecito Florian logró tan genialmente inmortalizar.

Pocos indígenas sobreviven de aquellas numerosas tribus que fueron capaces en el siglo XVIII de deslumbrar a los españoles con sus cantos y sus santos, pero en la memoria colectiva permanece la imagen de un tiempo a la vez remoto y eterno, en el que por palabra divina comunicada con raro acento alemán, supieron ser buenos y felices.

Facsímile de la firma original de Florian Paucke, en una carta al P. Visitador Nicolás Contucci, fechada en San Javier, octubre 27 de 1763, conservada en el Archivo General de la Nación.

UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR